

una vez, y tocan varias veces la alfombra con la frente, siempre vuelta la cara del lado de la mezquita; luego se echan boca abajo sobre la alfombra, golpean el suelo con la frente, se levantan y repiten muchas veces las mismas ceremonias, volviendo á las mismas actitudes y murmurando sus oraciones. Nunca he podido hallar ni aun asomos de ridiculez en esas actitudes ni en esas ceremonias, por mas estrañas que le parezcan á nuestra ignorancia. La fisonomía de los Musulmanes está á tal punto penetrada del sentimiento religioso que espresan con aquellos ademanes, que siempre he respetado profundamente su oracion; el motivo lo santifica todo. Adonde quiera que la idea divina descende y obra en el hombre, le imprime una dignidad sobrehumana. Se puede decir:

— Yo no imploro como tú, pero imploro contigo al padre comun, al padre en quien crees y á quien quieres reconocer y honrar, como tú quiero reconocerle y honrarle bajo otra forma. No me toca á mí reirme de tí; á Dios le toca juzgarnos.

Pasamos la mañana visitando los palacios de los hijos del emir, que están á corta distancia del suyo, una pequeña iglesia gótica, en un todo semejante á nuestras iglesias modernas de los lugares de Francia ó de Italia, y los jardines del

palacio. El emir Beschir ha hecho construir otro palacio de campo á cosa de una milla de Dptedin, que es casi el único término de sus paseos á caballo, y casi el único camino por donde un caballo, aunque sea árabe, puede galopar sin peligro; por todos los demas lados, los senderos que conducen á Dptedin son tan escarpados y están tan suspendidos á la vera de inmensos despeñaderos que no se puede pasar por ellos, ni aun al paso, sin temblar.

Antes de salir de Dptedin y de Deir-el-Kammar, escribo unas notas verídicas y curiosas que he recogido en estos mismos sitios, relativas al anciano habil y guerrero que acabamos de ver.

.....

NOTAS ACERCA DEL EMIR BESCHIR.

Cuando murió el último descendiente del emir Fakardin, el mando de la montaña pasó á manos de la familia Chab, familia que no se halla establecida en el Líbano mas que desde cosa de unos ciento diez años á esta parte. Veamos lo que cuentan de ella las antiguas crónicas árabes del desierto de Damasco.

Hácia principios del primer siglo de la egira,

en la época en que las armas de Abubeker invadieron la Siria, un hombre de gran valor, llamado Abdalla, vecino de la aldea de Bet-Chiabi, en el desierto de Damasco, se cubrió de gloria en el sitio de esta ciudad y fué muerto bajo sus murallas : el general musulman colmó de beneficios á su familia, que entonces dejó la aldea de Bet-Chiabi para ir á establecerse en Housbaye, en el Anti-Líbano, donde todavía se halla el tronco primitivo de esta familia, de donde ha salido la rama que reina actualmente en el Líbano.

El emir Beschir, uno de los descendientes de Abdalla, quedó huérfano de tierna edad. Su padre, el emir Hassem, habia sido revestido del manto de kakem y habia recibido el anillo del mando cuando su tío, el emir Milhem dejó los negocios de estado por ir á acabar pacíficamente sus dias en el retiro; pero la administracion de Hassem fué inhabil y floja, y Milhem, precisado á tomar de nuevo el mando, tuvo que reparar las faltas de su sobrino y sosegar los disturbios que habia ocasionado su impericia.

Como ha dicho Volney, el poder pasó despues y sucesivamente de Mansur á Jusef, padre el uno, é hijo el otro de Milhem. Cuando Jusef tomó el mando por primera vez, el emir Beschir no tenia mas que siete años : Jusef le agregó á su persona y le hizo criar con esmero : algunos años des-

pues, habiendo reconocido en él un caracter vivo y alentado, le hizo tomar parte en los negocios de su gobierno.

En aquella época, Djezar, bajá de Acre, que habia sucedido á Dahoz, tenia cansada, hacia muchos años, la paciencia del emir Jusef, con ataques é impuestos exorbitantes. Estalló la guerra, pero Beschir no pudo seguir á su tío en aquella expedicion, y solo en 1784 tomó parte en otra que se efectuó contra el mismo Djezar-Bajá. El joven Beschir, de edad entonces de veintiun años, corrió un gran peligro en la ciudad de Ride, de que se habian apoderado los drusos : perseguido por un cuerpo de tropas del bajá, y precisado á evacuar la ciudad, se halló, en su retirada, rodeado por el enemigo. La situacion era muy crítica; Beschir picó prestamente su caballo dirigiéndole hácia una muralla, desde lo alto de la cual se arrojó bajo un granizo de balas que por fortuna no le alcanzaron, pero su caballo se mató en el salto.

De vuelta en el Líbano, el emir Beschir se dedicó esclusivamente á los negocios y quiso restablecer el orden en la administracion del emir Jusef. Pronto se despertó la ambicion en su alma; acordóse de quien era hijo, y aunque pobre, aspiró al poder soberano; sus buenos modos y su valor le habian grangeado la amistad de muchas

familias poderosas; trabajó por captarse la voluntad de otras á quienes tenia disgustadas la mala administracion del emir Jusef, y logró poner en sus intereses á una familia considerable y muy influyente, la de Kantar, cuyo gefe, el hombre mas habil que habia entonces en el Líbano, era inmensamente rico y tenia el titulo de jeque Beschir, es decir, grande é ilustre. Solo le faltaba ya al emir una ocasion, y no tardó en presentarse.

Desde el año 1783, época en que Djezar-Bajá volvió á Jusef el mando de que le habia privado por espacio de mas de un año, las hostilidades habian cesado completamente entre aquellos dos príncipes. El emir Jusef enviaba todos los años á San Juan de Acre oficiales que le traian el manto con los cumplimientos acostumbrados; sin embargo siempre temia que ocurriese alguna desavenencia entre él y el bajá, y con efecto así sucedió.

En 1789, estalló entre aquellos dos príncipes un furioso rompimiento, y el emir Jusef, incapaz de resistir, resolvió abdicar. Beschir tenia mucho crédito; Jusef le queria bien; llamóle, pues, y le aconsejó que fuese á San Juan de Acre á pedir el anillo del mando. Beschir se negó al principio, y dió á entender á su tio que entonces tendria precision de alejarle de sus estados, porque

el bajá lo exigiria, y porque su presencia en el Líbano seria un eterno pábulo para el furor de las facciones. Jusef, al proponer aquel paso á su pariente, tenia dos motivos, — impedir que saliese el poder de su familia, y conservar el mando luego que Beschir hubiera allanado las dificultades, ya por via de conciliacion, ya por medio de las armas.

Insistió, pues, y mediante la promesa que hizo Jusef de dejar el pais apenas el emir Beschir hubiese recibido el mando, salió el joven príncipe para San Juan de Acre. Djezar-Bajá le recibió con bondad, le confió el mando del Líbano y le dió ocho mil hombres para establecer su autoridad y apoderarse del emir Jusef. Beschir, llegado que hubo al puente de Geser-Cadi, escribió secretamente á su tio, le comunicó las instrucciones que habia recibido del bajá, y le escitó á retirarse, con lo que el emir Jusef se replegó sobre Gibel, en el Kosruan, donde reunió sus partidarios. Beschir reunió á sus soldados los que habia sacado de Acre y marchó contra Jusef, á quien encontró en el Kosruan; dióle una batalla, y le hizo perder mucha gente, pero todavía pasaron muchos meses sin resultados definitivos.

Para ajustar aquellas desavenencias, envió Jusef á San Juan de Acre un espreso que prometió al bajá un tributo mas crecido que el que pa-

gaba Beschir, si queria volverle el mando. Djezar consintió en ello, le llamó á Acre, le entregó el manto, y le dió, para echar á Beschir, los mismos ocho mil hombres que habian peleado contra él. El emir Beschir se retiró al distrito de Mar-Meri, desde donde trabajó para derribar á su rival, ofreciendo todavía mas de lo que habia prometido el emir Jusef; aceptó el bajá y de nuevo tuvo que ceder el puesto; volvióse á Acre para intentar nuevos amaños, pero Beschir ofreció al bajá 4,000 bolsas (de sobre 600 reales cada una), si daba muerte á Jusef, resuelto de este modo á acabar de una vez con los disturbios que tenian revuelta la montaña.

Hallábase entonces Djezar en Damasco. Su aduanero (Griego que poseia toda su confianza, y que era considerado, en su ausencia, como bajá de Acre), trató en su nombre é informó á su amo del convenio que habia ajustado. Djezar al principio aprobó mucho la proposicion, ratificó el empeño y mandó ahorcar al emir Jusef y á su ministro Gandar.

Apenas espidió Djezar aquella orden, se arrepintió de lo que habia hecho; parecióle que la enemistad de los dos príncipes era útil á sus intereses, y envió una segunda orden que revocaba la primera, pero, ya fuese porque llegase tarde, ya porque el ministro estuviese soborna-

de, el emir Jusef fué ahorcado. Irritado el bajá, pasó á Acre, se hizo dar cuenta del negocio, dijo que se le habia engañado, é hizo ahogar á su aduanero, y con él á toda su familia y á otras muchas personas acusadas de haber tomado parte en aquel manejo.

Confiscó Djezar los inmensos bienes de su favorito, y escribió una carta llena de reconvenciones al emir Beschir. El tono en que estaba concedido aquel pliego manifestó al joven príncipe que estaba comprometido; procuró justificarse cerca del bajá, quien disimuló hasta la época de la reeleccion del gobernador; entonces Djezar invitó al príncipe á pasar á San Juan de Acre á tomar la investidura.

Fué en efecto sin desconfianza con su ministro el jeque Beschir, pero no bien hubieron llegado cuando los sepultaron á ambos en un calabozo donde sufrieron toda especie de calamidades por espacio de diez y ocho ó veinte meses. El objeto de Djezar, tratándolos de aquella suerte, era reducirlos á pagar un rico rescate; pero el príncipe no poseia nada, pues su gobierno habia durado harto poco para que hubiese podido allegar grandes riquezas: por fortuna su ministro era poderoso. Envió este secretamente cerca del bajá á la viuda de un príncipe druso, llamado Sest-Abbous, con la que habia tenido íntimas rela-

ciones, y la encargó que ofreciese al bajá la suma exigida, y aparentase empeñar además sus propias alhajas para completar el rescate. Aquella muger era hermosa y astuta; halló al bajá en Acre, y le cautivó tan bien con las gracias de su persona y de su ingenio, que Djezar redujo considerablemente la suma que al principio habia exigido. El emir Beschir recibió de nuevo la investidura y volvió á la amistad del bajá.

Durante aquella cautividad, el hermano del emir Jusef y su primo el emir Kaidar de Bubda, se habian apoderado del poder, y habian tomado las medidas necesarias para impedir al emir Beschir que volviese á sus estados, si Djezar le ponía en libertad. Apenas salió de su prision, el príncipe, no conceptuando prudente volver á presentarse en medio de los suyos, envió á su ministro, el jeque Beschir, para que sondeara el espíritu público, y se retiró á la aldea de Homs para aguardar el efecto de sus negociaciones: trabajó además por captarse la voluntad del emir Abbets, príncipe druso de Solima, que hasta entonces se habia conservado neutral, y que gozaba de la mas alta consideracion entre los Drusos y los cristianos, sobre todo, entre los del distrito de Marcaeutre.

El emir Abbets, considerando justa la causa del emir Beschir, tomó partido por él y le llamó

á su palacio. Como las comunicaciones eran muy difíciles, trasmitióle su despacho por medio de un Italiano, lego de un convento de Solima. Beschir pasó en medio de sus partidarios, cuyo número habia aumentado el jeque Beschir con sus larguezas y su habilidad, cayó impetuosamente sobre el ejército de sus enemigos, le dispersó, se apoderó de los dos príncipes y los hizo ahorcar sin mas forma de proceso.

Pacífico posesor del poder, el emir Beschir se casó con la viuda de un príncipe turco, de la familia de Chab, como él, y á quien habia hecho morir dos años antes: aquel enlace le hizo dueño de inmensos bienes. Antes de casarse con aquella princesa, que era hermosísima, la hizo bautizar. Aquel matrimonio fué de los mas felices, y aunque á la edad de sesenta y ocho años la princesa estaba llena de achaques y sufría una parálisis que la privaba del uso de las piernas, ambos ofrecian sin embargo el ejemplo del mas vivo cariño y de la mas perfecta union.

Al morir, el emir Jusef dejó tres hijos de tierna edad. Giorgios-Bey y su hermano Abdalla los criaron con sumo amor, con la esperanza de que algun dia reanimarian el partido de Jusef y derribarian al emir Beschir; pero este triunfó de todos aquellos obstáculos y disfrutó pacíficamente del poder hasta el año 1804.

Ocurrían por entonces en Egipto sucesos de la mas alta importancia : Bonaparte, recién llegado á Siria con un ejército, se acercaba á San Juan de Acre que debía abrirle las puertas del Oriente. El general francés escitó con el mayor ahinco, por medio de despachos y de emisarios, al príncipe del Líbano á entrar en sus intereses y á ayudarle á hacerse dueño de la plaza, á lo que el emir respondió que estaba dispuesto á unirse á él, pero que no lo haría sino despues de la toma de Acre. Echaba en cara un día al emir un Francés el no haber abrazado con entusiasmo la causa del ejército francés y de haber así tal vez impedido la regeneracion del Oriente, á lo que él respondió : « A pesar del vivo deseo que yo tenia de unirme al general Bonaparte, y á pesar de mi inveterado odio al bajá, no pude abrazar la causa del ejército francés. Los quince ó veinte mil hombres que yo hubiera enviado de la montaña en nada hubieran contribuido al logro del sitio. Si Bonaparte hubiera tomado la plaza sin mi asistencia, hubiera invadido la montaña sin disparar un tiro, porque los Drusos y los cristianos lo deseaban con ardor, y por consiguiente yo hubiera perdido el mando ; por el contrario, si yo hubiera ayudado al general Bonaparte y no hubiéramos tomado la plaza (lo que hubiera sucedido de cierto), el bajá de Acre me hubiera mandado

ahorcar ó meter en un calabozo. ¿ Quien me hubiera socorrido entonces ? ¿ Qué proteccion hubiera yo implorado ? ¿ La de la Francia que estaba tan lejos, que tenia que habérselas con la Inglaterra y con toda Europa, y que estaba ademas desgarrada por la guerra civil y las facciones ? »

El general Bonaparte comprendió la posicion del príncipe Beschir, y, en prueba de su amistad, le regaló una soberbia escopeta que Beschir ha conservado en memoria del gran capitán.

Antes de proseguir la historia de los sucesos que siguieron á la ruina del partido del emir Jusuf, no estará de mas contar una aventura que acaso hizo al bajá Djezar tan feroz y cruel.

En los primeros años de su mando, iba un día, segun la costumbre, al encuentro de la caravana que volvia de la peregrinacion de la Meca. (Despues, el bajá de Damasco quedó encargado de esta ceremonia, y el de Acre solo estuvo obligado á costear los gastos de la caravana, y á pagar un tributo á los Arabes del desierto.) Los Mamelucos á quienes, en su ausencia, habia confiado Djezar la custodia del serrallo, rompieron sus puertas y se entregaron á toda la brutalidad de sus pasiones : volvió el bajá, y lejos de huir al acercarse él, los Mamelucos se apoderan del tesoro y cierran las puertas de la ciudad, resueltos

á rechazar la fuerza con la fuerza. Con la escasa escolta que le acompañaba, Djezar no podia esperar vencerlos; sin embargo los Mamelucos le enviaron á decir que si queria dejarlos retirarse con sus armas y sus caballos, le abririan las puertas de la ciudad, y que si no, aceptaban la guerra y moririan con las armas en la mano primero que rendirse.

Djezar-Bajá no tenia tiempo que perder en reflexiones; sabia que era aborrecido por los Turcos lo mismo que por los cristianos, á causa de sus rapiñas; tampoco se le ocultaba que si el emir Jusef llegaba á tener noticia de su situacion se coligaria con los Mamelucos y le haria una guerra que podria serle fatal.

Concedió á los Mamelucos lo que pedian y estos se alejaron rápidamente mientras el bajá entraba en la ciudad. Apenas llegó Djezar á su palacio, envió á su caballería en persecucion de los fugitivos, pero en vano; los Mamelucos llegaron sanos y salvos á Egipto. Djezar se vengó entonces en sus mugeres; hízolas azotar á todas, y luego mandó echarlas en una grande hoya y cubrirlas con cal viva, esceptuando solo de aquella atroz venganza á su favorita, á quien hizo ataviar con sus mas ricas joyas y galas, meter en una caja y arrojar al mar.

Este suceso exacerbo en estremo el caracter de

Djezar. Avaro ya y rapaz, se hizo bárbaro y cruel, á tal punto que no hablaba mas que de cortar narices y orejas, y sacar ojos. En el momento de su muerte, no pudiendo ya hablar ni decretar suplicios, hacia señal á los que le rodeaban señalando la cabecera de su cabeza; afortunadamente no se le entendió. Despues de su muerte se encontró una larga lista de personas á quienes habia condenado á morir para cuando recobrase la salud. Su ferocidad le siguió hasta el sepulcro.

Volvamos al príncipe Beschir. Apenas los hijos del emir Jusef fueron bastante grandes para disputar el poder, Giorgios-Bey y Abdalla resolvieron llevar sus proyectos á ejecucion: aprovecharon un momento de tibieza entre Djezar y el príncipe Beschir, y sublevaron el partido de sus pupilos. El emir, cogido de improviso, tuvo que retirarse al Huran é invocó la mediacion del bajá, cuya avaricia y rapacidad lisongeó cual habil cortesano: Djezar intervino é impuso un tratado que concilió á los dos partidos, pero que favorecia mucho mas á Beschir, á quien daba el pais de los Drusos, dejando á los hijos de Jusef el de Gibel y de Kosruan.

Pocos años se observó aquel tratado. Los hijos de Jusef buscaban todos los medios posibles de derribar á su enemigo; como eran los mas

fuertes, lo consiguieron, y como no quisiera Djezar dar oídos á las representaciones de Beschir, sancionó la usurpacion, con lo que no le quedó mas arbitrio al emir que echarse en los brazos del virey de Egipto.

Hallábase por entonces el almirante inglés Sidney-Smith con algunas naves en las aguas de Siria; Beschir le suplicó que le recibiese á su bordo y le llevase á Egipto. Despues de haber pasado algunos meses en el mar, y de haber tocado en Chipre, Esmirna, Candia y Malta, desembarcó en Alejandria, donde fué á verse con el virey, seguido de algunos amigos leales.

Recibióle el virey del modo mas lisonjero, tratóle con todas las atenciones debidas á su desgracia, le colmó de regalos y le hizo volver á Siria en uno de los buques del almirante Sidney-Smith, con una carta para Djezar, llena de reconvencciones y de amenazas, en la que le intimaba la orden de restablecer en su mando al emir Beschir.

El virey era poderoso; Djezar-Bajá se dió prisa á obedecer, porque el tono del despacho le hizo conocer que no debía perdonar medio para satisfacer al príncipe Beschir. Intimó pues á los hijos de Jusef, que no se atrevieron á oponer ninguna resistencia, que se conformasen en todo

al tratado, y, hasta su muerte, la mas profunda paz reinó en ambos partidos.

No confiaba sin embargo enteramente el emir Beschir en la sola proteccion de Mehemet-Ali; veia aumentar por dias el partido de los tres príncipes, y temia sucumbir bajo alguna trama, porque conocia la ardiente sed de venganza que los animaba contra él: la habilidad de sus ministros Giorgios-Bey y Abdalla daba nueva fuerza á sus temores, por lo que resolvió acabar de una vez con ellos con un golpe decisivo, capaz de imprimir el terror en el alma de sus enemigos. Aprovechó, para consumir su proyecto, el momento de la investidura de Soliman-Bajá, que sucedia á Djezar. En aquella época, todo parecia sosegado en el Líbano; los tres príncipes gobernaban en paz sus provincias, y parecian someterse francamente á la supremacía que concedia el tratado á su enemigo, mientras que sus ministros lo preparaban todo secretamente para un nuevo ataque.

El emir Beschir tomó la delantera. Instruido por sus satélites del momento favorable, llamó á Giorgios-Bey á Deir-el-Kammar so pretexto de tratar de negocios; al mismo tiempo su hermano, el emir Hassem, se precipita sobre Gibel, se apodera de los príncipes y hace ahorcar á Abdalla: los tres hermanos fueron llevados á Yong-